





# LA FIESTA

JULIA SOTILLO MARTÍN

54

—

2021

3

*La fiesta*

*Imprime: Publicidad El Castillo  
C/ 9 de junio de 1910, 2  
14970 IZNÁJAR (Córdoba)  
Telf. y Fax: 957 53 47 19  
imprentaelcastillo@gmail.com  
www.publicidadelcastillo.com*

*Depósito legal: CO-471/2021*

**Miembros del Jurado**  
**Primer Premio de Relato Corto 2021**  
**Categoría Infantil-Juvenil**  
**Ayuntamiento de Iznájar**  
**Publicidad El Castillo**

*Antonio Cruz Casado*  
*María José Núñez Villalba*  
*Francisco Martos Muñoz*  
*Silvia Moreno Marín*  
*José Luis Lechado Caballero*  
*Belén Ortiz Núñez*



El elevado sonido de la música me provoca un dolor agudo en la cabeza. No sé qué hora es, ni cuánto tiempo llevo metida en este lugar oscuro. Cada pocos segundos visualizo una cara conocida que se acerca a mí, aunque me cuesta identificar a quién pertenece. Por los enormes altavoces que tengo a mi izquierda suena una canción que reconozco. Tarareo la letra. No logro recordar su nombre. El dolor de cabeza se vuelve insoportable. Otro conocido pasa junto a mí, se para y me mira, pero yo me escabullo lo más rápido que puedo y me escondo entre la gente. Nadie puede verme así.

El sonido de la música aumenta y me dejo llevar. Los pinchazos de la cabeza bajan a mi estómago y no puedo reprimir las ganas de vomitar. “Aquí no”, me digo. Pero ya es tarde. Un enorme charco de vómito naranja aparece en el lugar en el que estaba hace unos instantes. La gente me mira con asco, pero no me importa.

Salgo corriendo, chocando con todo el que se cruza en mi camino, y consigo salir al exterior. Es una noche fría, aunque los efectos del alcohol hacen que no lo note. Cierro los ojos y cojo aire.

A mi lado aparece una persona. A pesar de la poca luz, la reconozco perfectamente: ojos grises, piel siempre pálida y nariz puntiaguda. Aparto la mirada. No me conviene mirarlo durante mucho tiempo. Él se acerca más a mí, con seguridad. Intento moverme y alejarme, pero mis pies están pegados al suelo. “Corre”, pienso. Pero él



está frente a mí y su cálido aliento me agita las pestañas. “Aléjate”, me digo. Mis piernas no responden. Cierro los ojos. Sus manos esqueléticas se posan en mi cadera.

Cada vez está más cerca.

Me obligo a recordarme por qué no debo dejar que me toque. Hay una razón, solo que no consigo recordarla. Sus labios se acercan a los míos. Siento el calor subiendo por mi espalda. Me repito de nuevo que me separe de él. Y esta vez lo consigo. Me alejo corriendo todo lo que puedo calle abajo.

Después de lo que me parecen horas, lo pierdo de vista. Camino rápidamente por una calle estrecha. La única iluminación proviene de una farola vieja que parpadea. La cabeza me da vueltas. Mi cuerpo se tambalea. Escucho unos pasos agitados detrás de mí. “Alguien se acerca”,

pienso. Quiero seguir caminando y desaparecer del callejón oscuro.

Pero vuelvo a estar pegada al suelo.

Los pasos cada vez suenan más cerca. “¿Esto es lo que te hace el alcohol?”, me pregunto. “¿Te impide moverte?”. La luz de la farola continúa parpadeando. El sonido de los pasos desaparece y una mano se posa en mi espalda. La toco con los dedos, vacilante. Espero encontrar una mano desconocida, de alguien que me ha seguido desde la fiesta. Pero me es imposible. No hay duda de que es *su* mano. La de él. La del chico pálido de ojos grises.

Reconocería esos nudillos esqueléticos en cualquier parte.

Acerca su oído a mi oreja y susurra algo. Yo ya no escucho. Baja su mano por mi pierna y levanta mi vestido. “¡Corre!”, me grito. “¡Vete!”. No puedo. No me mue-

vo. No consigo hacerlo. Sus manos recorren mi cuerpo.

-No –murmuro. Parece que no me oye-. ¡No! –digo más alto.

Él no se detiene. Me saca el vestido por la cabeza y me quedo en ropa interior. Hace frío. Mucho frío. Parece que los efectos del alcohol están disminuyendo. Él me tira al suelo y me estampo contra el duro cemento. “¿Es que no pasa nadie por esta maldita calle?”. Se coloca encima de mí. La luz de la farola parpadea. Una vez. Y otra. Siento un dolor inmenso. La cabeza me explota. “Cierra los ojos”, me digo. “Ciérralos”. Pero no logro hacerlo. La luz se enciende y se apaga. No puedo cerrar los ojos. “Duele”, pienso. “No tenía que doler”. La farola vuelve a encenderse. “Apágate. Apágate. Apágate”. No quiero verle. No quiero. La luz desaparece de nuevo.

Intento llevar mi mente a cualquier otro lugar: la fiesta, la música de los altavoces, la canción que no lograba reconocer. Pero no lo consigo. Solo veo el cielo negro. La luz que parpadea. Él.

Siento otra vez ese dolor descomunal. La cabeza me palpita. La farola se vuelve a apagar. Y él termina. “Ha terminado”, pienso. Quiero sonreír, gritar de alegría. Pero él vuelve a agarrarme. “Otra vez no, por favor”. Esta vez es solo para levantarme y ponerme el vestido. Me da la mano y me dirige a un coche que hay aparcado en una esquina. “Vete, sal corriendo. ¡Rápido!”, pienso. Me mete dentro. Él también se sube, y arranca. Conduce despacio, tranquilo. “¡Di algo!”, me digo. “¡Haz algo!”. Pero ninguna palabra sale de mi boca. Consigo cerrar los ojos. Consigo desaparecer.

Estoy de vuelta en la fiesta. No he salido de ahí. Bailo entre la gente y escucho una canción que conozco, aunque no sé su nombre. La tarareo. Al principio es solo un susurro, pero luego aumento el volumen. Vuelvo a abrir los ojos y sigo cantando.

Frente a mí aparece una calle amplia repleta de viviendas. El coche se detiene frente a una casa. “Mi casa”, pienso. Él abre la puerta y me ayuda a salir. “Duele. Duele mucho”. No dejo de cantar. “Me he ido de la fiesta porque me encontraba mal. Él me ha recogido y me ha llevado a casa”. ¿Cuál era el nombre de la canción? No consigo recordarlo. Cojo las llaves que hay bajo el macetero del porche y abro la puerta. Él dice algo. Y después se va. “Por fin. Ya se ha acabado”. Subo las escaleras, tambaleante, y llego a mi habitación. Me desnudo por completo.

Esa canción no sale de mi cabeza.

Cojo toda mi ropa y la tiro. “No la quiero ver. Nunca”. Me meto en la ducha. El agua caliente cae sobre mí. “Me encontraba mal y él me ha llevado a casa”.

Froto con la esponja. Sigue doliendo. Duele mucho. No quiero mirar hacia abajo, porque sé que hay sangre, y nunca me ha gustado verla. “¿Cómo se llamaba esa maldita canción?”. No quiero mirar hacia abajo. Pero lo hago. Y me asusto. Comienzo a llorar y salgo del baño. Me meto en la cama y dejo que el calor de las sábanas me proteja. “Me encontraba mal y él me ha llevado a casa”. La canción sigue sonando en alguna parte de mi cabeza. “Me ha llevado a casa. Solo eso. Él nunca me haría daño”. Respiro hondo. “Me quiere, me lo dijo”. Suelto el aire retenido. “Él nunca me haría daño”.

...

Ha pasado una semana. Mañana tengo que volver a clase, y no sé si estoy preparada. Llevo tumbada en mi cama desde aquella noche. Mi madre cree que estoy enferma, o al menos eso es lo que le he dicho. Aunque estoy segura de que sospecha que hay algo más.

A veces entra en mi habitación para tomarme la temperatura y me pregunta si me he enfadado con alguna amiga o si ha ocurrido algo en el instituto. “Puedes contarme cualquier cosa, cielo”, me dice. Pero yo me limito a negar con la cabeza. Ni siquiera me esfuerzo en practicar con ella lo que le voy a decir a los demás: “Me encontraba mal y él me trajo a casa”. Me conoce demasiado bien. Pronto descubriría lo que él ha hecho.

A la mañana siguiente regreso al instituto, a pesar de que todavía me palpita la cabeza y las náuseas no han desapareci-

do. Los pasillos blancos se estrechan a cada paso que doy. A mi alrededor pasan alumnos de otros cursos. Todos me miran. Algunos aplauden y otros se acercan a mí y me dan la enhorabuena. Unos pocos silban. No entiendo que está ocurriendo. Si la gente está feliz de que haya vuelto o si hay algo más. Y deseo profundamente que no haya nada más.

Continúo caminando, intentando ignorar a las personas que me miran y susurran. Es entonces cuando lo veo. Al principio no parece real: la luz cae sobre su piel pálida y le da un aspecto fantasmal y terrorífico. Pero a medida que se acerca a mí, su cuerpo se va haciendo más corpóreo y su imagen más clara. Paro en seco. Él continúa andando. A mi mente vuelve el recuerdo de aquella noche: la fiesta, el alcohol, sus manos sobre mi cuerpo. Me estremezco. Él se acerca a mí y rodea mi cin-



tura. Comienzo a temblar. “Me encontraba mal y él me llevó a casa”. Acerca sus labios a los míos. “Él nunca me haría daño”. Me besa, y el miedo invade mi cuerpo. Vuelvo a quedarme paralizada. “¡Ayuda!”, quiero gritar. Pero no puedo hacerlo. Y mientras la gente... Mientras la gente vitorea y grita a mi alrededor. Parece que todo esto les divierte... Y yo solo quiero desaparecer. Solo quiero que él se separe de mí. Solo quiero que deje de tocarme. Solo quiero dejar de tener miedo.

Él despega sus labios de los míos y se aparta. Yo salgo corriendo y me escondo en los aseos. Alguien viene detrás de mí. “Que no sea él, por favor. Que no sea él”. Una voz aguda me habla desde el reflejo del espejo.

-No sabía que habíais vuelto. Pensé que lo habíais dejado –dice una chica de mi curso.

Habla de nosotros. De él. De mí.

-Me sorprende que ya lo hayáis hecho. Tan pronto... –continúa-. No te veía de ese tipo de chicas.

“¿Qué está diciendo? ¿Qué hemos hecho? ¿Qué he hecho?”

-Fue la noche de la fiesta, ¿verdad? –dice.

La fiesta.

-Madre mía –la chica continúa hablando-. La primera vez que bebes y ya te metes en la cama con tu novio. No me lo esperaba de ti.

Sus palabras me explotan en la cara, y duelen más de lo que debería. Salgo del aseo y comienzo a correr. Consigo llegar a la calle, a pesar de que no dejo de temblar. Recorro el camino de vuelta a mi casa. Las lágrimas empapan mi cara. Toco el timbre

con dedos temblorosos y mi madre abre la puerta. Me echo en sus brazos. No pregunta nada. No dice nada. Simplemente se limita a abrazarme. Yo sigo temblando.

En este momento deseo contarle todo: lo que él me hizo, sus mentiras, los aplausos de sus amigos, las palabras de la chica, lo que todo el mundo piensa que soy. Pero me callo y no digo nada. Porque tengo miedo. Estoy aterrorizada. Me asusta que él vuelva a hacerme daño. Que me quede paralizada y no sepa cómo actuar. Que al final me acabe creyendo lo que yo misma me he estado repitiendo toda la semana.

Porque no me fui de la fiesta a causa de un dolor de cabeza. Ni él se ofreció a llevarme a casa. Ni me metí en su cama esa noche. No. Lo que ocurrió fue que él me siguió y aprovechó mi estado para violarme. Y luego les contó a todos su versión de

la historia. Pero nadie se ha molestado en preguntarme *mi* versión. Se limitan a tacharme de algo que no soy. Porque claro, en estos casos la mala siempre es *ella*.